

la primera «huelga militar» de chile

sonia sepúlveda

El 21 de octubre pasado, Chile se vio conmovido por la insurrección de un grupo de unidades del ejército que tenía las apariencias de un cuartelazo pero que, de acuerdo al desenlace, fue considerada la primera «huelga militar» en la historia del país. No obstante, en opinión de los observadores, hubo sectores del ejército que presionaron para que el conflicto fuera más allá de lo que el general Roberto Viaux Marambio y otros altos oficiales encauzaron como un movimiento de carácter reivindicativo. Después de 25 dramáticas horas, el conflicto fue solucionado cuando el gobierno del presidente Frei, prácticamente sin apoyo militar ni policial debió acceder a todas las demandas de los insurrectos. El ministro de Defensa, el comandante en jefe del ejército y otros altos oficiales debieron renunciar a sus cargos. El mandatario chileno envió un proyecto de ley urgente al Congreso destinado a mejorar las remuneraciones de los militares y carabineros (policía militarizada). Por su parte, el general Viaux aceptó ponerse a disposición de la justicia militar para ser procesado.

A pesar de que las exigencias militares parecieron solucionarse, la situación general de Chile continúa girando en torno a esos convulsos acontecimientos. En verdad, aunque la motivación del conflicto pudo tener un fundamento de carácter económico, sus consecuencias se han proyectado con fuerza en el escenario político.

El presente trabajo, realizado por Sonia Sepúlveda, reportera de la oficina de Prensa Latina en Santiago de Chile, es un testimonio directo y valioso

202 de esos acontecimientos que conmocionaron a un país que, desde hace 40 años, ha estado ausente de asonadas militares de cualquier tipo.

La Redacción

«Estoy aquí porque nuestro movimiento no es político. No pretende ir contra el gobierno legítimamente constituido. No pretende sustituir las instituciones democráticas de la nación. Porque somos leales a S.E. el presidente de la República. Vine aquí (al regimiento Tacna) porque era necesario limitar ciertos hechos ocurridos anoche (madrugada del martes 21 de octubre) que creaban, diría yo, situaciones de hecho, muy graves. Era necesario limitar esas situaciones a su debida proporción, evitar que se salieran de los marcos señalados por los postulados de nuestro movimiento...» El general Roberto Viaux Marambio pronuncia cada palabra con acento firme, casi silbante, cada vez que debe explicar la naturaleza del movimiento subversivo que encabeza. Las frases antes transcritas las dijo a las 11 de la mañana del 21 de octubre, cuando las informaciones propaladas por el gobierno chileno desde la Oficina de Difusión del Palacio Presidencial, a través de una cadena nacional de radioemisoras, conmocionaban al país hablando de «un movimiento sedicioso entre los oficiales de un regimiento de Santiago, que pretendía alterar el orden constitucional». Mas tarde, hora tras hora, habría de repetir igual declaración, incansablemente, sin variaciones de contenido. ...«Cuando nuestras aspiraciones sean satisfechas, yo abandonaré este regimiento (el de infantería motorizado «Tacna») y también dejaré las filas del ejército. Me iré a mi casa, e incluso estaré dispuesto a enfrentar la acción de la justicia militar, a la que no temo, porque estoy cumpliendo con mi deber de soldado leal a la institución, y honesto servidor de mi patria...» El general Viaux cumpliría esta promesa 16 horas más tarde.

Durante 25 horas, el general Roberto Viaux Marambio permaneció en vela, controlando un movimiento reivindicativo del ejército, estudiando cada paso dado por el Gobierno («¡Qué actitud desmedida... qué idea aventurera y arriesgada!...» exclamará al conocer cada comunicado oficial), consultando con sus colaboradores, recibiendo a los periodistas políticos, dirigentes estudiantiles y gremiales, discutiendo con los enviados especiales del gobierno, el principal de los cuales era el general Alfredo Mahn, comandante de la guarnición de esta capital.

También recibió incontables delegaciones de oficiales de otras ramas de la Defensa Nacional, especialmente aviadores, que llegaron a solicitarle que les permitiera incorporarse a su movimiento. Hicieron lo mismo oficiales de carabineros (policía uniformada, dependiente del Ministerio del Interior).

Quizás si su tarea más difícil fue la que cumplió en la madrugada del martes 21 de octubre, cuando requerido por un grupo de oficiales de la Academia de Guerra se presentó en el regimiento «Tacna», a las 3 de la madrugada. «Vine, vi, escuché y decidí quedarme —dijo a los periodistas. Un grupo de oficiales fue a mi casa a buscarme, pasadas las 2 de la madrugada, porque estaban ocurriendo cosas de hecho que podrían ser muy graves, de enorme trascendencia si se consumaban definitivamente. Vine, vi, escuché... y organicé este movimiento, que, como le digo, no es político, no atenta contra el gobierno...» y nuevamente repite la definición múltiples veces reiteradas sobre la naturaleza netamente profesional que tiene el levantamiento contra el Gobierno.

Luego de neutralizar un golpe de estado que estaba al parecer en plena gestación, el general Roberto Viaux Marambio dirigió la primera huelga con toma de establecimiento que haya realizado un instituto armado a lo largo de la historia de Chile, una huelga semejante a las de estudiantes, obreros industriales y agrícolas, o empleados, que luego de paralizar sus labores, se apoderan del establecimiento donde laboran, como forma de presión para conseguir la realización de los objetivos que su movimiento se propone. Viaux tuvo en sus manos el mando del ejército y la adhesión de las otras fuerzas armadas, estuvo incentivado, durante toda la jornada, para ir más allá, no sólo por los oficiales golpistas, sino por el propio Gobierno, que durante todo el día, lo acusó de querer quebrar el orden institucional del país. Viaux no perdió la calma ni la firmeza de su decisión de luchar gremialmente, ni siquiera cuando quedó estupefacto, al ser informado que el presidente Eduardo Frei aseguraba que contaba con la adhesión de todas las fuerzas armadas, hablando al país desde uno de los balcones de su despacho en el Palacio Presidencial. Y que mientras hablaba, ni un solo efectivo militar o de carabineros se divisaba en todo el sector cercano al Palacio, que tenía como única protección un grupo de vehículos recolectores de basuras, pertenecientes a la Municipalidad de Santiago (Consejo Edilicio). (¡Increíble...! comentó. Luego agregó: «están jugando con fuego. Si sacan a la masa a la calle, ¿cómo la van a controlar? Contamos con la adhesión de todas las unidades del país y la promesa juramentada de Carabineros y las demás ramas de la Defensa, de no actuar en contra nuestra. ¿Cómo controlarán a la muchedumbre...? ¿No saben que ésa es un arma de doble filo, que invariablemente se vuelve contra quien la maneja...?»).

Los camiones basureros, «en impecable formación», llegarían poco más tarde «a presentar batalla» frente al regimiento «Tacna». Los vecinos salieron a la calle a presenciar el singular enfrentamiento y tomaron el partido del Ejército. Un recolector, en arriesgado gesto, quiso cruzar la barrera de sol-

204 dados provistos de fusiles ametralladoras. Un oficial le salió al paso y habló a los obreros. Discutieron hasta apasionarse. La batalla la ganó el oficial mientras los observadores lo aplaudían. La guerra verbal terminó en un abrazo fraternal. «Somos dos trabajadores engañados por los políticos», concluyó en tono conciliador el obrero municipal, tratando de contener su emoción. Envalentonado, el público chilló, escupió y lanzó monedas a los otros carros que avanzaban, gritándoles: «arrastrados» (serviles al gobierno), krumiros, y otros calificativos más ofensivos.

CULMINACIÓN DE UNA LARGA CRISIS

«Llega un momento en que no se puede aguantar más», confesaba sencillamente a la prensa, un teniente coronel del arma de artillería. «Estábamos dispuestos a hacer la grande, porque esto no podía seguir («la grande significa en jerga popular chilena realizar los actos más atrevidos y extremos»). «Menos mal que recurrimos al General (Viaux), él podía controlar la situación, porque todos le respetan mucho. ¿Cómo lo encuentra usted?

Me cuesta responder, a mí nunca me gustaron los militares. —«Bueno, le digo— me parece que es muy listo, muy político, sobre todo para responder a nuestras preguntas».

—No, por ningún motivo. A él no le gusta la política, no tiene nada de político, no lo meta en líos, y se ríe.

—Quiero decir que es muy político no por que esté vinculado a partidos o movimientos de índole política, sino por su capacidad de interpretar las situaciones, de enfrentarlas y actuar, le explico, desolada.

—Ah, eso sí. El es uno de nuestros mejores generales. Yo diría que el mejor.

—Comandante, ¿y cómo fue todo esto? —pregunto.

—Bueno, teníamos todo preparado. Si no, ¿por qué cree que «El Nariguetta» (se refiere sin ningún respeto al Presidente de la República caracterizándolo por su enorme nariz) «paró» (interrumpió) el week-end último...?

—No tengo idea.

—Es que el sábado nos habíamos reunido todos en «Antonio Varas» (población con viviendas para oficiales del ejército, ubicada en la avenida de ese nombre en el sector residencial Bilbao de esta capital, donde hace un año se efectuó otra reunión similar, que culminó con la caída del ministro Juan de Dios Carmona y su reemplazo por el general Tulio Marambio, así como la salida del Comandante en Jefe, Luis Miqueles quien fue sucedido

en el cargo por el general Sergio Castillo Arañguiz.) Bueno, allí acordamos «cortar por lo derecho» (adoptar actitudes definidas) y la cosa se filtró... Ya estábamos resueltos aquí en Santiago y en todo el país, siempre hemos estado en contacto todos, por eso es que esto está resultando... usted cree que resulta ¿no es cierto?

—Ya lo creo que sí... ¿Acordaron el golpe?

—Bueno, no puedo decirle tanto. Pero actitudes fuertes ya tuvimos antes y el gobierno no armó este boche (lío ruidoso).

—Una vez dejaron hablando solo al Comandante en Jefe, general Castillo, ¿no?

—Sí, el año pasado. Nos fuimos todos cuando se negó a contestar una pregunta del General (Viaux). Estaba el ministro Marambio también. Fue en una sesión nuestra en plena Academia de Guerra, para tratar los mismos problemas que ahora nos preocupan. Es que ellos (Castillo y Marambio) nos estaban mintiendo. Y en el Ejército, señorita, a uno lo educan para no mentir jamás en asunto de servicio, y el que miente se va. Menos se permite ser sinvergüenza, y ellos son delincuentes comunes. Deberían estar en la cárcel. Pero no lo hacemos porque primero está el Ejército. «Hay que sacrificar algunas cosas para ganar las más importantes», nos dice Mi General (Viaux) pero yo espero no morirme sin verlos «secarse» a él y los otros (envejecer en la cárcel).

—¿Quiénes son «él y los otros»?

—Castillo. Marambio y otros altos jefes. Le «pusieron ruedas» al Ministerio de Defensa (se lo robaron).

—¿Qué harán si esto fracasa?

—No fracasará. Eso es muy seguro —dice un oficial que se ha incorporado silenciosamente a la conversación sentándose entre el teniente coronel y la reportera que escribe esta crónica.

—Eres un mal educado —le reprocha el oficial de grado más alto. Apenas eres un capitán y atropellas. De infantería tenías que ser. El recién llegado, capitán Valdivieso, se ríe. «No haga caso, este no sabe nada, hasta votó por Frei», me advierte. (Los oficiales pueden votar, la tropa no.)

UN PLIEGO DE PETICIONES

—Perdone, pero yo soy ayudante de mi general Viaux y hago de periodista. Es decir, de relacionador público del movimiento —dice Valdivieso—

206 y estoy escuchando a este torpe, que no sabe explicar las cosas. No es el sábado cuando comenzó esto. Tiene años de duración. Creo que hemos soportado demasiado. El Presidente nos engañó por intermedio del general Marambio.

—¿En qué sentido?

—Bueno, primero en el asunto gremial. Los militares vivimos hambreados. Se nos obliga a mantener un rango que no podemos financiar con los sueldos que nos pagan. Somos parásitos de nuestras familias, cuando ellas pueden proporcionarnos ayuda, y si no pueden, entonces vivimos angustiados. Se da el caso de algunos que deben trabajar como obreros electricistas o mecánicos en las horas libres, o que deben permitir que sus esposas trabajen como costureras o secretarias.

Y al mismo tiempo, debemos llevar una vida lujosa, con recepciones y una serie de compromisos costosos, aparte que debemos tener una casa y una familia bien presentada. Hoy esas cosas son carísimas y nosotros no podemos hacer milagros, asfixiarnos, nada más en la desesperación.

—Y aparte de la cosa gremial, ¿qué más les prometieron que no cumplieron? Porque su General habla en forma tan amplia, tan difusa...

—Queremos una reorganización del ejército. No somos los de hoy los mismos de hace cincuenta años. Quiero decirle que ya no se usan los guerreros prusianos. Hoy no se puede hacer la guerra. Sería ridículo, sin embargo, somos indispensables para la vida nacional. Pero nunca podremos servir esta misión si no se moderniza el criterio estatal en relación con nuestra función.

Valdivieso piensa un momento y agrega:

—Hay cosas más graves. El alto mando está corrompido. Nosotros, como toda la gente que comienza una carrera, tenemos ideales. Bueno, en esos ideales no figuran anhelos de ningún tipo que tiendan a convertirnos en mercenarios de una posición política. ¿Me entiende? Y se nos ha llevado a protagonizar cosas terribles. Eso es por falta de dirección del alto mando. No somos sirvientes del partido o los partidos de turno en el gobierno. Y eso es lo que está pasando.

—¿Porque el Comandante en Jefe es primo de un jerarca del PDC?

—No sólo por eso. Todos los altos mandos están comprometidos, desde hace varios años. Usan el Ejército para servir a los políticos y ayudarles a enriquecerse, a la vez que a enriquecerse ellos.

—¿Cómo así?

—¿No le dijo éste (señala al teniente coronel) que le «pusieron ruedas» al 207 Ministerio? Bueno, allí están los más grandes negociados.

—Cierto —dice el otro oficial, que no me autoriza para dar su nombre.

—Si hasta un préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo —«se les perdió».

—¿Un préstamo de cuánto, y para qué?

—Diez millones de dólares, creo. Para reforzar algunos servicios y especialmente para construir viviendas para los personales armados. Bueno, esa parte se la llevó el entonces Ministro de Interior, Edmundo Pérez, que como usted sabe, es empresario de la construcción. Y se la repartieron como hermanitos... Edmundo Pérez siempre estuvo coludido con éstos... (!) ...

—Ahora —dice el teniente coronel— no hablemos de lo que ocurría en servicios que manejaban dineros para adquisiciones. En el Batallón de Intendencia, por ejemplo, hay adquisiciones que no se especifican, incluso en los balances aparecen giros de millones de pesos, diez, quince, veinte millones (mil, mil quinientos, veinte mil dólares, más o menos) ordenados por la Superioridad y que no tienen especificación. Nosotros hemos investigado y sabemos que son para negociados de Marambio y Castillo, aliados con Pérez Zeta (ex ministro Edmundo Pérez Zujovic).

Luego prosigue Valdivieso:

—Tenemos conocimiento de inversiones de dinero de la Defensa en empresas de construcciones, administradas por el clan de Edmundo Pérez. Hay un giro de diez millones de escudos (un millón de dólares). Y no crea que exageramos.

Esto es común en los altos mandos, —agregan— por eso exigimos la salida de los delincuentes.

Mientras Marambio, Castillo y otros permanezcan en sus cargos, no habrá remedio para nuestros problemas.

—Ustedes hablan con un criterio muy avanzado, pero otras veces han procedido de la peor forma, —digo en un arresto de valentía. —¿Por qué no se rebelaron como ahora cuando los hicieron protagonizar masacres en la mina El Salvador y Santiago?

—Nosotros no estuvimos de acuerdo. Ya se lo hemos dicho. Estas son las cosas que se han venido arrastrando tanto tiempo y que han explotado ahora. No queremos jefes que sean sirvientes de los partidos, de los intereses políticos de los gobiernos.

208 Son las tres de la tarde. Ha terminado el almuerzo de los oficiales y empiezan todos a pasar al saloncito donde se recibe a la prensa. Ha llegado hace media hora el general Alfredo Mahn y hay movimiento y tensión dentro del regimiento.

Se va Valdivieso y quedo sola con el teniente coronel y otros dos oficiales. Pregunto: «Usted me estaba haciendo una relación de los acontecimientos que terminaron en esto. ¿No puede continuar?»

—Si. Pero como Valdivieso es joven y buen mozo, usted ya ni me miró.

—Es que dijo cosas interesantes.

—Claro, como él es buen mozo...

No puedo contener un comentario: —Me parece increíble su buen humor, cuando todo está pasando por una situación tan crítica en este país... Ahí tiene a los políticos haciendo declaraciones como desesperados... Además estamos a punto que se cumpla el plazo del ultimátum dado por el gobierno.

—No hay tal ultimátum, —comenta un oficial muy joven. —Además no nos pueden bombardear ahora, que el Comandante de la Guarnición está aquí, negociando con Mi General. Por otra parte, sabemos que no hay amenaza posible... estamos muy seguros.

—Pero ahí fuera (en la elipse del parque Cousiño) tienen a la escuela de infantería, al Buin y, se ha anunciado que vienen varios regimientos de provincias a unirse a los leales al gobierno.

—Aquí no hay leales al Gobierno.

—¿Están muy seguros?

—*Totalmente. Mi General tiene documentos firmados y juramentados de los oficiales de todas las unidades... Crea, señorita, esto se ha hecho muy bien.*

—¿Y si los bombardea la fuerza aérea?

—*También tenemos documentos de los oficiales de la Fuerza Aérea. Hoy amanecieron todos con parte de enfermos y los aviones «están malos, no pueden volar»; ya lo comunicaron a la superioridad.*

—¿Y si lanzan a Carabineros? ¿Van a ametrallarlos?

—*Los Carabineros están ahí afuera. Recién vinieron unos oficiales a reiterarnos su colaboración. Si usted misma los entrevistó...*

—Siga con su relato —le digo al chispeante coronel.

—Bueno. usted sabe que en la madrugada de hoy hubo consejo de Gabinetes, luego que se conocieron las declaraciones que hizo Mi General (Viaux) en el aeropuerto... Yo creo que sabían esto que preparábamos. Lo que no sabían era que Viaux no se entregaría, como ellos querían.

—¿Quiénes organizaron el golpe?

—Esto no es un golpe.

—Pero pensaban darlo ¿no? Su general me lo dijo esta mañana.

—Había algunos paracaidistas. Mora, que se tomó el «Tacna» por su buena situación estratégica. Es «boina negra» (de la Escuela de Fuerzas Especiales y Paracaidistas, equivalente a los «boinas verdes» de USA). Pero Mora aceptó a Mi General. Nosotros estábamos con Mi General.

—¿Estuvo usted desde la madrugada?

—Sí estuve aquí desde la reunión del Antonio Varas. Yo no soy de esta unidad. Soy de la Academia de Guerra y mi colega (el oficial joven) del Politécnico (Academia Politécnica). Después de la reunión de anoche fuimos donde el general Viaux para que él arreglara el movimiento que se estaba desbocando.

—Todavía no creo en eso.

--Como usted quiera.

—¿Es Viaux tan poderoso en el Ejército?

—Es uno de los mejores oficiales. Él ha estado siempre con los oficiales jóvenes en nuestra lucha.

—¿Es un hombre de avanzada, con ideas sociales claras?

—No le entiendo.

—Si él comprende el proceso de cambios que vive el país.

—Los militares no participamos en política.

—¿Y no es política salir a defender al gobierno contra los trabajadores?

—Obedecemos órdenes. Es parte de nuestra tarea de vigilancia del sistema.

—¿Y Viaux piensa así?

—A veces ha estado con los trabajadores muy claramente.

—¿Cómo sucedieron las cosas aquí esta madrugada?

—No podríamos decirlo.

—¿Hubo violencia? Hay puertas rotas. En la mañana se oyó una balacera.

210 —Estábamos probando armas. Eso es normal.

—¿A qué hora comenzó la toma del cuartel?

—A las tres y media, más o menos. O antes. No recuerdo. Estábamos muy preocupados. Pero el mayor Gissen tiene la bitácora.

Y de la intimidad del movimiento, nadie quiso entregar ningún detalle. Se limitaron a repetir sólo las expresiones de Viaux reiteradas varias veces a los periodistas.

UNA NOCHE MOVIDA

Según las declaraciones que escuché a numerosos oficiales, el general Viaux, antes profesor de la Academia, desde hace más de un año destacado en la Primera División del Ejército, de la cual era comandante desde hace más de año y medio, estuvo siempre al frente de las luchas reivindicativas de los oficiales de mando medio y de menor graduación. Junto a él se han mantenido otros generales llamados a retiro conjuntamente con el jefe del levantamiento del martes 21: Emilio Cheyre, Florial Silva, el mayor Arturo Marshall y otros oficiales que se mantienen en servicio, aún cuando, según el Gobierno son procesados o parte de una investigación, por el supuesto hecho de firmar una carta oponiéndose al retiro de Viaux, que fue publicada por el vespertino *La Segunda* y el matutino ultraderechista *El Diario Ilustrado*, en Santiago de Chile. Ambos diarios sufrieron la requisición de sus ediciones del día (jueves 17 y viernes 18) y se vieron luego enfrentados a querellas por infracción de la Ley de Seguridad Interior del Estado.

Como el propio general Viaux lo declaró, fue llamado a retiro por decisión del Presidente de la República —todavía no le correspondía abandonar filas— debido a su carácter de líder del movimiento reivindicativo. Desde entonces, recibió la adhesión de los oficiales de todo el país, y el compromiso de seguirlo en su tarea de conductor de la lucha. Por eso, cuando un grupo de oficiales intentó «realizar actos que constituían situaciones de hecho a las que se abocaría al país», según palabras de Viaux, gran número de oficiales fueron a consultarlo y a solicitarle su intervención.

Viaux había sido traído a Santiago desde Antofagasta (en el extremo norte del país, donde prestaba servicios) por orden del Gobierno, según se desprende de las informaciones de los oficiales rebeldes, debido a que su llamado a retiro —que debía cumplirse seis meses más tarde— había conitado un movimiento en torno suyo, que se estaba convirtiendo en una marejada amenazadora. Los oficiales sostienen que se pensaba aislarlo, arrestarlo tal vez. Otros se atrevieron a adelantar que era para usarlo de me-

diador, por parte del Gobierno. Nadie informó directamente. El caso es 211 que su llamado a Santiago, al decir de los oficiales, precipitó la realización de un acto de sedición que se había premeditado. Viaux, según los oficiales había asumido su responsabilidad, haciéndose cargo de los hechos casi consumados.

Luego de asumir la dirección del movimiento y el comando de las tropas acuarteladas en el «Tacna», hubo comunicaciones con el alto mando. Relatos recogidos afirman que la Comandancia de la Guarnición ordenó al comandante de la Escuela de Suboficiales que rodearan el regimiento «Tacna» y aprehendieran a los insurrectos. El jefe del establecimiento que forma a los «clases», obedeció la orden y ordenó formación de combate. Cuando las tropas recibieron orden de avanzar, las diversas compañías al mando de los oficiales medios y de baja graduación, avanzaron hacia el «Tacna» y se integraron a los rebeldes. Otras compañías retrocedieron con paso regular y se adueñaron de su unidad. Como una reacción en cadena, ocurrió lo mismo con las otras unidades vecinas. Más tarde, se incorporó casi la totalidad de los oficiales de la Academia de Guerra y de la Academia Politécnica, del Cuerpo de Paracaidistas que aún no llegaba al Regimiento, de la Escuela de Blindados y de otros servicios. Solo faltaron la Escuela de Infantería de San Bernardo y el Regimiento Buin, que no obstante, les comunicaron su adhesión. La Escuela de Telecomunicaciones, que está en campaña en el campo militar de Peldehue, envió una delegación haciéndoles saber que se adhería al movimiento. A las 10:30 de la mañana, Viaux anunció en conferencia de prensa que controlaba el 85% del ejército en todo el país y la totalidad del destacado en Santiago, a la vez que revelaba el carácter «apolítico» y netamente profesional del movimiento que encabezaba.

Casi a la misma hora, el Gobierno había movilizado a la elipse del parque Cousiño al Regimiento Buin y a la Escuela de Infantería de la vecina localidad de San Bernardo, disponiendo el traslado a Santiago de unidades ubicadas en provincias vecinas. Todas las tropas quedaron al mando del general, también llamado a retiro, Emilio Cheyre, jefe del Estado Mayor, quien, fue calificado como «amigo nuestro» por los insurrectos.

A lo largo de la mañana, mientras los periodistas permanecíamos a la espera de noticias en uno de los salones del casino de oficiales del regimiento, se tenía conocimiento de sucesivos ultimátums que habrían sido dados por el Gobierno, por intermedio del general Alfredo Mahn, los que fueron desestimados unos tras otros por los insurgentes.

Mientras había un nervioso ajeteo en torno a la oficina del comandante del regimiento, ocupada por el general Viaux, el resto de la vida del cuartel

212 *trascurría en forma casi apacible. Desde las primeras horas de la mañana, soldados apostados en las calles que conducían a las unidades sublevadas, dejando en el área de control de Viaux un espacio que comprendía muchas cuadras en derredor, incluyendo gran cantidad de calles habitadas por particulares, vigilaban el tránsito de peatones —el de vehículos estaba suspendido— y revisaban las credenciales de los periodistas que pedían cruzar el cerco.*

Tanques y cañones estaban emplazados en la amplia avenida Tupper, a la cual mira el frontis de la mayoría de los edificios militares del sector, y que los separa del Parque Cousiño.

Adentro, desde las 11:30 se servía ordenadamente el almuerzo a unos 300 oficiales concentrados y cerca de tres mil soldados. Se escuchaban carreras, risas y una charla entusiasta. En el patio principal, tocaba la banda del regimiento, mientras la tropa almorzaba. «Divina Marlene», los «76 trombones» (en homenaje a una delegación de aviadores que visitaba a Viaux. Esta marcha de Souza es uno de los himnos oficiales de esa rama de la defensa) y varios vales tradicionales: «Sobre las Olas»... «España» y hasta una canción del repertorio de Rafael: «Yo soy aquél.»

Después de las 16 horas, mientras Viaux atendía a una interminable fila de visitantes, ya estaba instalada una estación transmisora, capaz de inutilizar las transmisiones del Gobierno por cadena nacional de radioemisoras. Había un oficial de telecomunicaciones dirigiendo las operaciones técnicas. Otros oficiales salían a sus regimientos, ubicados en diversos puntos de la ciudad, a buscar determinados elementos: más generadores de energía eléctrica, ya que el suministro normal había sido suspendido por orden del gobierno. Tanques para almacenar agua extraída de grifos de la calle, ya que no llegaba al interior de la unidad, y un sistema telefónico especial para comunicarse con las otras unidades, puesto que carecían de comunicaciones normales con el exterior.

Para dar alimentación a todos los efectivos concentrados, se usaron las cocinas del regimiento y cocinas de campaña. Como el tiempo avanzaba sin resultados definitivos, se empezaron a cargar municiones. Soldados en parejas iban de un lado a otro con las pesadas cajas llenas de municiones.

«ENEMIGO» A LA VISTA

A unos quinientos metros, estaban estacionados las tropas supuestamente leales al Gobierno, al mando del general Cheyre. Las avanzadas de Viaux, quedaban a menos de cien metros de los grupos que cumplían similar objetivo para las tropas gobiernistas. En un momento nadie sabía quién era

quién. Entonces los «leales» se pusieron al brazo una franja blanca y pasaron a llamarse los «amarillos» (apatronados) para los rebeldes. 213

La confusión se mantuvo igual. Cuando un grupo de periodistas marchábamos a entrevistar a los oficiales de Cheyre, para comprobar la veracidad de las afirmaciones rebeldes, que los sindicaban como adherentes a su movimiento, hubo un momento en que debimos preguntar a un grupo: «Ustedes de qué bando son?»

Un joven teniente pareció muy confundido: «¿Qué dice?...»

—Pregunto de qué bando son...

—Bueno, yo soy independiente.

La risa fue unánime. Otro oficial acudió en su ayuda: Si van hacia el general Cheyre, no los dejaremos volver. Nosotros estamos bajo su mando. Pueden salir, pero no retornar al campo controlado por el general Viaux. Llegados hasta la elipse, un oficial anunciaba a los periodistas al general Cheyre. Alto, corpulento y sonriente, el jefe militar no se atemorizó ante las preguntas, pero tampoco respondió realmente ninguna.

—¿Tienen orden de atacar?

—¿Atacar qué?

—A los insurrectos.

—¿Hay insurrectos?

—General, todos sabemos que sí.

—Yo no, fíjese...

—Si le dan orden de atacar ¿qué hace?

—No espero recibir esa orden, así es que no sé qué voy a hacer.

Luego conversamos con otros oficiales. Uno de ellos dijo: «Hemos obedecido las órdenes de movilizarnos, pero no obedeceremos las órdenes de ataque. Pueden estar seguros. Y las fuerzas del general Viaux lo saben.»

—Si atacan, ¿pueden vencer al General iVaux?

—Es que no vamos a atacar.

Hay camiones del Grupo Móvil de Carabineros llenos de policías. Preguntamos a un oficial ¿por qué están allí?: «Estamos colaborando», responde.

—¿Con quién?

—Pues con quien hay que colaborar.

Y se niega a hacer cualquier aclaración.

Volvimos al cuartel de los rebeldes. Un oficial, el ayudante del general Viaux mayor Enrique Gissens, me dice que pronto me recibirá su superior. Luego, respondiendo a preguntas sobre una larga reunión informa confidencialmente: «Hay oficiales de la aviación aquí. Están discutiendo con nosotros sobre el lanzamiento de una emisión. Tenemos un trasmisor que «tapa» la transmisión del gobierno, pero el General dice que eso sería exagerado y no quiere usarlo. Eso se ha discutido mucho.»

Mientras tanto, llega un nutrido grupo de jóvenes universitarios, de las distintas escuelas, a entrevistarse con los jefes del movimiento. Son dirigentes de las escuelas de Ingeniería, Economía, Ciencias Políticas y Administrativas y de Derecho, de la Universidad de Chile. Hablan casi una hora con un grupo de coroneles y por último se entrevistan brevemente con el general Viaux. El abandonar el cuartel todavía desean seguir discutiendo, y lo hacen durante casi una hora con oficiales de menor graduación. Lo mismo ocurre con grupo de jóvenes del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) con parlamentarios radicales y una representación del Partido Socialista.

Luego de una tercera conferencia de prensa Viaux acepta conversar más largamente con esta reportera.

Me repite las razones de su movimiento. Le digo que eso es insuficiente para que lo comprendan en el extranjero.

—¿Qué quiere saber? —me pregunta autoritario.

—Usted ha dicho que vino a «limitar los hechos a sus debidas proporciones». ¿Controló un movimiento golpista?

—Había situaciones de hecho muy graves. No eran parte del espíritu del movimiento.

—Usted ha dicho que desean el alejamiento del Ministerio de Defensa del general Marambio y del Comandante en Jefe, Sergio Castillo. ¿Es por las acusaciones de corrupción, que han trascendido?

—Mientras ellos permanezcan en sus cargos, no será posible dar satisfacción a nuestras demandas profesionales.

—¿Por qué?

—En el alto mando hay falta de conducción militar, que es lo más grave.

—¿Como puede traducirme eso a lenguaje comprensible para el común de los mortales?

—Es que en general falta una política moderna frente a las Fuerzas Armadas, al Ejército, que es lo que nos preocupa, que está en una situación de desmoronamiento inmensamente grave para el destino de la institución y del país. Esto es por falta de conciencia militar en el espíritu del alto mando, porque hay una política para el Ejército que no tiene por qué ser la política de los gobernantes políticos. El Ejército tiene otra misión y no puede comprometerse en otra.

—¿Es efectivo que hay descomposición moral en las autoridades del Ejército?

—Mire, señorita. No puedo decirle cuáles son los hechos. Nosotros pedimos una solución para problemas profesionales que son nuestros y por amor a nuestra institución callamos cosas que bastarían para zafarnos de estos jefes y llevarlos a otros sitios que nada tienen que ver con el Ejército, pero que son los que a ellos corresponden.

—¿No puede decirme por qué?

—No puedo. Es un asunto de delicadeza profesional.

Miro al mayor Gissens que se lanza: «Si no quisiéramos servir abnegadamente al Ejército y a la patria, no nos estaríamos sacrificando. Tenemos prueba para mandar al General Ministro y al General Comandante al lugar que corresponde a los autores de delitos comunes».

EL DESENLACE

Estamos sentados en la antesala del despacho que ocupa Viaux. Las autoridades políticas entran y salen. De pronto llega el mediador, el comandante de la guarnición, general Alfredo Mahn, y piden a los periodistas que abandonen la habitación.

Volví al Regimiento después de las 22:30 horas, luego de reportar mis informaciones. Al descender del automóvil, frente a la Escuela de Suboficiales advierto una gran confusión. No demoro mucho en saber qué pasa. Empieza una terrible balacera. Nadie sabe qué ocurre hasta que por los altavoces que Viaux ha hecho instalar en lo alto del «Tacna» se escucha una orden:

—«Aquí habla el general Alfredo Mahn. General Cheyre, ordene a sus tropas que se replieguen, detenga la acción, que no sigan disparando. Habla el general Mahn al general Cheyre: ordenen a sus tropas que detengan los disparos.»

Un grupo de reporteros habíamos vivido un momento de gran tensión. Un grupo de exaltados jóvenes demócrata-cristianos había estado tratando de

216 escalar la Escuela de Suboficiales. Como no lo consiguieran, según relato de los soldados, lanzaron contra el frontis bombas incendiarias.

No tuvieron resultados. Los soldados no respondían. Alejándose un poco, uno de ellos desenfundó un revólver calibre 29 y disparó tres veces.

Los disparos alborotaron a algunos elementos de las tropas «gobiernistas», que respondieron. Las balas, sin embargo, no alcanzaron a nadie, pero esquirlas y trozos de pavimento hirieron a los provocadores. Catorce de ellos fueron llevados a postas de auxilio. Más tarde, por cadena nacional, el Gobierno acusó a las fuerzas de Viaux de disparar contra los civiles que habían ido a repudiarlos. Y como no había otro servicio o conducto de información que la oficial, para la opinión pública, todo Chile lo creyó así.

Tres horas de conferencias de Mahn con Viaux parecieron siglos para quienes esperaban. Cuando Mahn abandonó el regimiento «Tacna», después de la una de la madrugada, la incertidumbre sembró la inquietud. A las dos de la madrugada, las conjeturas eran múltiples. Sólo el estado mayor de Viaux estaba tranquilo. «Pronto tendremos novedades —me anunció el capitán Valdivieso— la “cosa” (las negociaciones con el gobierno) marcha bien. Ya verá». Se le veía sonriente. En el salón de oficiales, los rostros cansados mostraban escepticismo.

A las 4 de la madrugada y 10 minutos, por cadena nacional de emisoras, el secretario y asesor de difusión del presidente Frei anunció el acuerdo, el avenimiento con los rebeldes y se dio curso al comunicado del general Viaux, donde comunica las razones de su movimiento y su culminación. De inmediato se inició una reunión en el patio principal. Formados firme, casi trescientos oficiales escucharon con una emoción evidente el mensaje de despedida del general Viaux. Después un juramento:

—«Gracias, General. Los que estuvimos con usted seguiremos fieles a los postulados de nuestro movimiento. Juramos seguir leales a usted hasta el último día.»

—Gracias, muchachos —fue la respuesta de Viaux.

Después los oficiales cantaron el Himno de la Escuela Militar, el punto de origen de todos. Viaux lentamente, uno por uno, se despidió de todos los oficiales. Abrazos, apretones de manos, promesas individuales de lealtad, lágrimas cubiertas por las voces de un coro: «Yo tenía un camarada»...

